

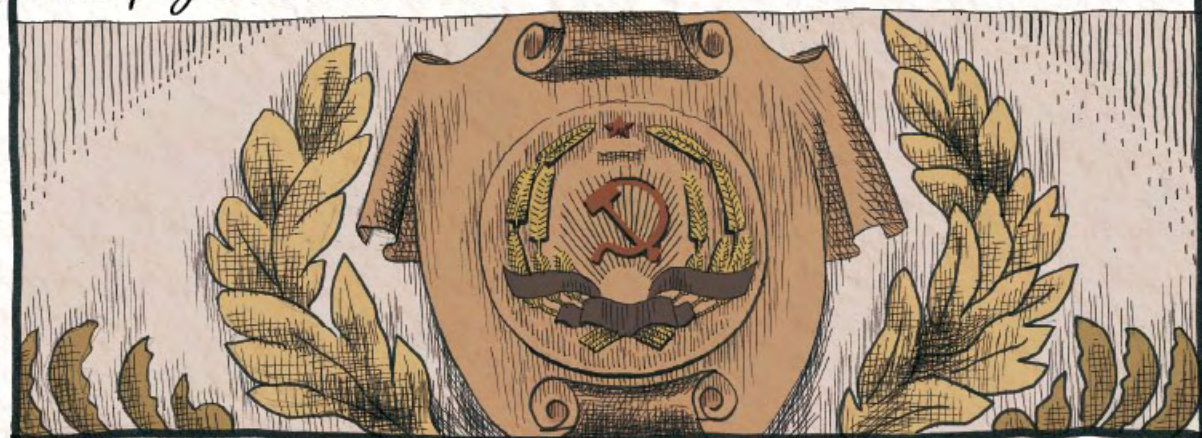
Al principio, para mí Ucrania era algo indistinto, una nube perteneciente al firmamento soviético.



Después empecé a frecuentarla, y los nombres exóticos que oía en casa desde la infancia, Kiev, Odesa, Poltava, Sebastopol, Lviv, Yalta... se transformaron en paisajes concretos.



*¿Cómo había sido la vida durante el comunismo y tras él en esos lugares?
Me lo preguntaba sinceramente.*



ROCKET CITY



Verano de 2008, estoy en Dnipropetrovsk, de un millón doscientos mil habitantes, Ucrania oriental. En los tiempos de la guerra fría no había un solo misil soviético que no estuviese hecho aquí.



Había quienes la llamaban Rocket city, hace tan sólo 10 años, un extranjero no podía poner ni un pie en ella. Hoy ya han cambiado las cosas. Desde mi ventana veo como el río Dniéper corre plácidamente.



La ciudad se queda tres días sin agua. Trato de enterarme de qué hacen durante esos 3 días, que me parecen una eternidad.



Porque el agua fangosa que veo correr desde mi ventana es la misma con la que nos lavamos, la que definen como "potable" y vuelve el té casi imposible de beber.



Lleno la bañera para hacer provisión de ella; no se puede vivir sin agua. Después de unos 20 minutos, voy a cerrar el grifo. Veo unas pelusas verdes flotando.



Andrey

Andréi dice que su padre estaba en el ejército rojo. Cuando lo nombraron mayor tuvo que sacarse el carné del partido comunista. Si no lo hubiese hecho, no habría tenido esperanzas de hacer carrera...

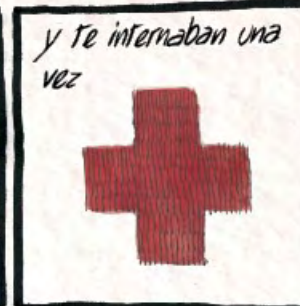


Porque allí, en Rusia, compartían el apartamento con otra familia...

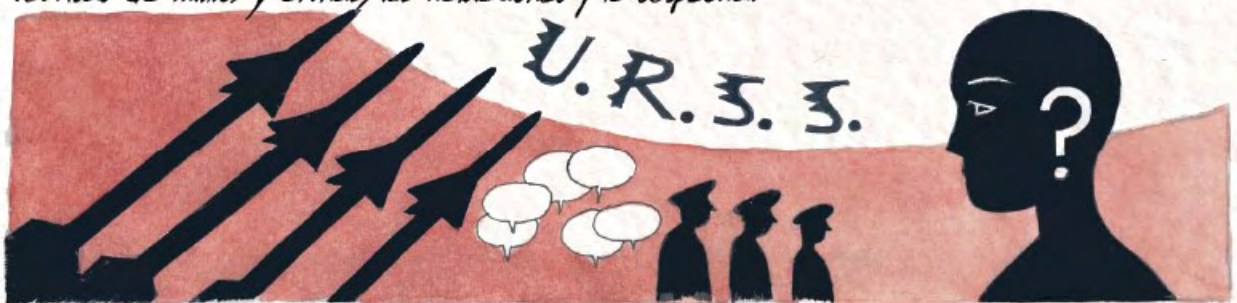


Pero su matrimonio se fue al garete durante la espera. Ahora están divorciados. Andréi dice que cuando era niño escuchaba lo que los adultos se contaban.

Si una persona, por ejemplo, iba al extranjero, podía olvidarse de cualquier ambición. Solo podía trabajar de obrero, porque a nadie se le habría pasado por la cabeza confiarle un puesto de responsabilidad a alguien que podía haberse convertido en un espía...



Eran reglas no escritas, pero todos las conocían. Y durante la guerra fría uno creía entre las fábricas de misiles y armas, las habladurías y la sospecha.



A M E R I C A



Misha dice que fue a América y no le gustó. "No sólo es que no le guste América, es que no le gusta nada que sea americano," explica Andréi. "es un patriota." Misha estaba en el ejército, en aviación, durante el periodo de la URSS, y estaba bien. Le gustaba. Él dice que no es cierto que Ucrania esté dividida en dos, una parte filoccidental y otra que siente nostalgia del imperio soviético. "La gente piensa en formar una familia, en tener hijos y llegar a fin de mes." Él tiene un enorme todoterreno con cristales tintados y equipo de sonido, una mujer guapa y una tienda de ordenadores ("my computershop," específica). Se siente un hombre realizado, uno que tiene éxito en la vida. Cuando le hago muchas preguntas contraataca con un "¿Tú qué eres, un espía?". Trato de explicarme y hacerle ver que no he venido a juzgar, sino sólo a observar, si lo consigo. Quedamos para otra tarde, y entonces me hablará, ante un trozo de tarta, de su vida en la época de la Unión Soviética, cuando se estaba bien y nadie se quejaba.

LA INVITACIÓN



Al día siguiente, mientras Galya y yo paseamos por la ribera del río Dniéper, Misha llama. Dice que quiere saber si me interesa ir al polígono de tiro, a disparar.



Me quedo sorprendido. Le había preguntado qué es lo que ha cambiado para él desde que ya no existe la Unión Soviética, desde que ya no es un militar del ejército rojo.



Una extraña forma de hacerme comprender qué cariz ha tomado la vida cotidiana. Me invita al polígono Robin Hood, a lo mejor quiere ver si sé disparar.



O a lo mejor no es más que una fanfarronada. Sea como sea, rechazo su amable invitación.

¡Robin hood!



Al día siguiente, en ese mismo polígono de tiro, muere en circunstancias todavía por aclarar el fiscal general de la región, Volodymyr Shuba. Un tiro de fusil en el corazón. Es todo un misterio cómo puede dispararse "accidentalmente" un fusil y alcanzar en el corazón a quien lo está cargando, y más aún dado que Shuba es un hombre experto en armas (que, por otro lado, ha sido amenazado de muerte varias veces). Y más aún cuando en ese polígono se dispara con pistolas, y no con fusiles. Y más aún porque las primeras voces que corren hablan de suicidio. Luego, mira tú por dónde, el fusil desaparece, y vuelve a aparecer en seguida. Hay una verdad oficial en la que nadie cree, y una clandestina, bastante más probable, que se hace oír también a través de la red.

A continuación llegan días de desasosiego. Naturalmente, me repito, entre la invitación y el homicidio del fiscal Shuba no hay relación alguna. Tan sólo se trata de una desagradable coincidencia.



Y, no obstante, la sensación de que aquí la vida pende de un hilo no se disipa. "La estación de la sangre" así llaman a cada periodo de transición.



Nuevas palabras que he aprendido: chetirne, cuatro; gazeta, periódico; chasi, reloj;



LA CIUDAD PARA LOS DEMÁS

Por lo demás, todo es crisis económica. Los bancos se tambalean y retiran los créditos. Muchos pierden sus casas. En casi todas partes se respira desesperación. Antes de la crisis,...



Ahora ya nadie tiene certezas sobre su salario, que puede verse reducido sin previo aviso. Quien tiene un trabajo se considera afortunado y trata de que no se le escape de las manos. Me veo con Vania, un niño grande de 26 años que vive en Moscú. Trabaja en una fábrica de fuegos artificiales, Piroff. Está borracho y se ríe todo el rato.



Me dice, y señala dos cañones dibujados en su tarjeta de visita...



Ja ja ja. Para él la guerra es un juego, y las bombas, fuegos artificiales. Me pregunta si he visto el verdadero rostro de Dnipropetrovsk. Se refiere a las zonas más miserables y ruinosas.

Su pregunta da pie a que se me aclaren algunas cosas aparentemente inexplicables.



Muy sencillo, me explica, los apartamentos que yo veo no son para los ucranianos. Ellos viven en las vastas y oscuras afueras que quedan a una hora del centro. Me cuenta que el negocio inmobiliario está gestionado por la mafia. Un par de familias que hacen y deshacen a su antojo, deciden los precios y destierran a cientos de personas normales.

LA RED

Eso ha generado una vasta e intrincada red de pequeños autobuses

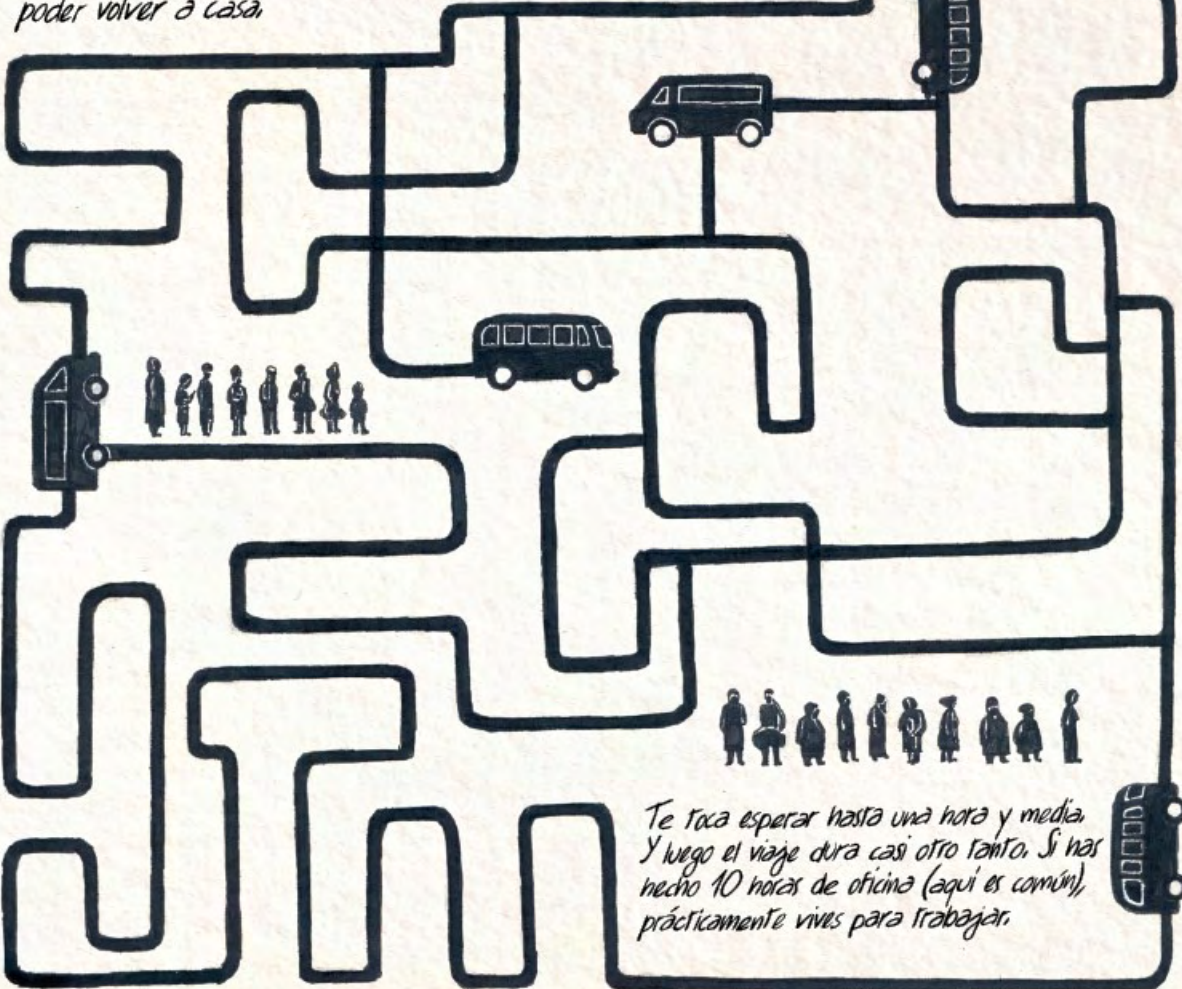
Caben 12 personas sentadas y 5 o 6 de pie. Se llaman marshrut taxis. Atraviesan la ciudad hasta llegar a las afueras más lejanas, de nombres exóticos.



Como nadie puede permitirse un estudio a 400 \$, por la noche, cuando acaba la jornada laboral, empieza el calvario de la espera.



Se forman colas de hasta 80 o 90 personas que esperan para poder volver a casa.



Te toca esperar hasta una hora y media. Y luego el viaje dura casi otro tanto. Si has hecho 10 horas de oficina (aquí es común), prácticamente vives para trabajar.



Yelena me habla de Ania, que hace años, un verano, se vio pillada por sorpresa por un aguacero en la ciudad de Energodar, donde había una central nuclear.

Al llegar a casa se dio una ducha y se ocupó de las tareas domésticas, y luego se fue a la cama.

Cuando se despertó estaba prácticamente calva. Sus cabellos se habían quedado sobre la almohada, los doctores dicen que lo que había en el aire, lo que suelta la central, hizo reacción con el agua.

Ania tenía 30 años. Yelena no la ha vuelto a ver. No sabe si sigue viva. Las personas de ciudades como Energodar o Chernóbil tienen prohibido hablar de lo que pasa allí.